

*“En el principio era el Verbo... y fue hecho carne,
lleno de gracia y verdad” (Jn. 1:1-5, 9-14)*
Sal. 2; Is. 52:7-10; Heb. 1:1-6; Jn. 1:1-5, 9-14

Jesús,
Cap. Miranda,
Hohenau.

Introducción

Un hermoso collar en una bella cajita, tal vez eso les gustaría haber regalado algo como eso a sus madres para Navidad. Pero este regalo sería muy costoso y difícil de comprar para muchos niños. Es la clase de regalo que sus padres podrían haberle regalado a las mamás de ustedes. Aquí hay un collar en una bella caja (muéstrelo). Pero déjenme que les muestre una cosa más (el mismo collar en una caja barata). Ahora, miren esto (muestra ambos envases). ¿Vieron? Sólo tengo un collar. Primero ustedes lo vieron en una caja costosa. Luego lo puse en una caja menos costosa. El collar se veía más espectacular en la primera caja. Pero es exactamente el mismo collar, y su valor no cambia cuando es puesto en una caja diferente.

Usamos el collar en las dos cajas, para entender algo acerca de Jesús, cuando El nació en esta tierra. En nuestra lectura del evangelio, Jesús es llamado “y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad” (Jn. 1:14). Pero al comienzo dice sobre Jesús: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” (Jn. 1:1). Jesús es Dios y él creó el mundo con su Padre celestial. Y cuando vemos a Jesús como Dios, podemos ver en él “gracia y verdad”. Podemos ver gracia y verdad en Dios mediante Jesús. Y esto es como ver este collar en la caja costosa. Mas el evangelio agrega que Jesús “fue hecho carne”, como nosotros. Aun así Jesús, en forma humana, sigue siendo lleno de gracia y verdad. Y esto lo podemos comparar con poner el mismo collar, pero en la caja menos costosa. ¿Por qué hizo esto Jesús? Para traer gracia y verdad a nuestras vidas”, para a su vez nosotros compartir y llenar otras vidas con su gracia y verdad.

1. “En el principio era el Verbo”

El relato bíblico del Génesis comienza de esta manera: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Gn. 1:1). El evangelista Juan escribe algo parecido: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” (Jn. 1:1). Juan sostiene la divinidad de Jesús, como si estuviera diciendo: “Dios creó todas las cosas, el cielo, la tierra, plantas, animales, las aves, los peces del mar, todas las criaturas visibles e invisibles. Pero no creó a su propio Hijo. Él, junto con el Espíritu Santo, estaba desde siempre con Dios”. Jesús, el Verbo, no fue creado, sino engendrado. Así dice el Salmo dos: “*Jehová me ha dicho: ‘Mi Hijo eres tú; yo te engendré hoy’*” (Sal. 2:7). Crear y engendrar son dos cosas diferentes. Crear es una obra exclusiva de Dios, a través de su Palabra, como dice Génesis: “Y dijo Dios: ‘Sea la luz’; y fue la luz” (Gn. 1:3). Dios creó todas las cosas a través de su Palabra, a través del Verbo de Dios, o sea, mediante, junto con, su Hijo Jesucristo. El Espíritu Santo también estaba allí presente, como dice Génesis también: “Y el Espíritu de Dios se movía [aleteaba] sobre la faz de las aguas” (Gn. 1:2). Engendrar es otra cosa. El Salmo dos dice que Jesús, el Verbo, fue engendrado por Dios, y dice cuándo: “Hoy”. Pero este hoy no es como nuestro día de 24 horas. Es un hoy eterno. El Padre engendró al Hijo desde la eternidad. Es un misterio de nuestra fe. Asimismo el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, procede de ambos desde la eternidad; san Agustín decía que el Espíritu Santo es “lazo de amor” que une al Padre con el Hijo. Este es el misterio de la Santísima Trinidad: un solo Dios en tres personas, co-iguales, co-eternas. Sin embargo, siempre hubo y habrá grupos y sectas que niegan la divinidad del Hijo de Dios o del Espíritu Santo.

2. “Y fue hecho carne”

Lo maravilloso del evangelio del día de Navidad, es que dice lo siguiente: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros” (Jn. 1:14a). Aquella Palabra que creó el universo, y que es más grande que el cielo y la tierra, más grande que las estrellas, las galaxias, y todas las cosas creadas, ahora viene y asume una carne humana como la mía, aunque sin pecado. Nace en el seno virginal de María, y no tiene ningún problema en asumir nuestras miserias, y dolores, como si fueran los suyos. “Fue hecho carne y habitó entre nosotros”. La encarnación del Hijo de Dios, es otro misterio y milagro de nuestra fe cristiana. El apóstol Pablo está tan admirado, tan maravillado de esta grandiosa verdad, que exclama en un himno de adoración, diciendo: “Indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: *Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria*” (1 Ti. 3:16). “Grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne”; es decir, la segunda persona de la Santa Trinidad, el Hijo de Dios, ahora asume, incorpora en su propia persona, la naturaleza humana. De tal manera que este niño que

nace en Belén, no es un simple niño: el Dios hecho hombre, es el Verbo de Dios, es la Palabra de Dios hecha un ser mortal.

“Y fue hecho carne, y habitó entre nosotros”. Jesús no vino a pasear, a ver así de pasada nomás nuestra miseria. Ciertamente yo puedo ir de turista a otro país, puedo ir de viaje a otro lugar, para ver cómo es la gente ahí, qué come, con qué se divierte, que hace, cómo conviven entre ellos, qué costumbres tienes, y por supuesto, cuáles son sus pecados, sus odios, cuáles son las barreras que les impiden ser amistosos que determinado grupo de personas, etc. Jesús no vino de paseo, como un turista, a esta tierra. El texto dice: “Y habitó entre nosotros”. Habitar, vivir, quedarse a trabajar allí, sufrir allí, pasar largo tiempo allí. Se supone que Jesús habitó en la tierra como treinta y tres años, antes de subir al cielo. Eso es toda una vida. Aprendió de su padre José el oficio de carpintero, en portugués diríamos “pedreiro”. Aprendió todas las costumbres del pueblo de Israel. Jesús vivió como uno de nosotros, excepto en el pecado. Porque su misión específica, al venir a este mundo, como verdadero Dios y verdadero hombre, fue esta: cumplir la ley por nosotros, padecer el castigo que la Ley establece para el pecador, por amor de nosotros; vencer al pecado, a la muerte y al diablo en nuestro lugar, así salvarnos, por amor a nosotros. Como está escrito: “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos” (Gl. 4:4). Y también: “Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo” (1 Jn. 3:8b). Por eso, dejemos atrás la supuesta relación de Jesús con María Magdalena, con la cual supuestamente tuvo hijos. Eso es una blasfemia y una ofensa al hijo de Dios. Cristo no se casó ni tuvo hijo, como la Escritura misma afirma: “Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido” (Is. 53:8).

3. “Lleno de gracia y verdad”

Cuando uno va de viaje, lleva un montón de cosas: que el repelente para los mosquitos, que el protector solar, que la sombrilla de playa, que las sandalias, cargador de celular, los documentos, la conservador con los sándwiches de milanesa, etc. Pero cuando Jesús vino a esta tierra, y nació en Belén, fue en la más extrema miseria. Es como la caja barata donde se guarda un precioso collar. José y María no tenían seguro de desempleo, tampoco tenían una casa y un lugar fijo en Belén. Además, el diablo, acosándolos por medio del rey Herodes, buscaba matar al niño Jesús, por lo cual debieron huir a Egipto en medio de la noche, tan solo con la ropa que llevaban puesta. ¡Tantos trabajos, tantos dolores, de parte del Hijo de Dios, por amor de nosotros! Y nosotros aquí, quejándonos por el clima, por el salario, por la inseguridad laboral, y vaya uno a saber por tantas otras cosas más. Nuestra codicia, nuestro materialismo y nuestro orgullo han llegado al extremo, y por eso la Navidad, la verdadera Navidad, es un llamado de alerta a todos los cristianos, al estilo de vida que estamos llevando, y Dios nos invita otra vez, a confiar en que su gracia y su verdad, en Cristo Jesús, es más que suficiente para nuestra salvación. El amor de Dios en Cristo, que no merecemos, eso se llama gracia. La Palabra revelada, la Biblia, y la Palabra dada y recibida en los sacramentos, eso es la Verdad. Esos son los regalos verdaderos de la Navidad: la gracia y la verdad de Cristo.

Esta gracia y verdad de Cristo nos ha de llevar a revisar nuestras conductas como hermanos en la fe, a cuestionar, lamentar y renunciar a un estilo de vida mundano, egoísta y consumista, que les hace el favor y enriquece a las multinacionales. Y después nos quejamos de sentir o tener una vida vacía, sin significado. Acuérdate hermano, estas palabritas: “gracia y verdad en Cristo”. Sólo esto es suficiente. En medio de la pobreza, en medio del dolor, sea cual sea la situación de tu vida en que estés pasando, la gracia y la verdad de Cristo es suficiente. Como bien contó el apóstol Pablo: 7 Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un agujón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetea, para que no me enaltezca sobremanera; 8 respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. 9 Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. 10 Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Co. 12:7-10). Como el alfarero con el barro, Dios a veces “aprieta, pero no ahorca”, y pone su cruz sobre nosotros como un amoroso Padre a sus amados hijos, a fin de que nos parezcamos más a Cristo, y no ya más al viejo y corrompido Adán. Dios mismo se encarga de ayudarnos a vivir nuestro Bautismo, limando las asperezas de nuestro corazón con su Ley, y grabando su gracia y verdad, su misericordia, con su precioso Evangelio. Este Evangelio que nos habla de que Dios vino a este mundo oscurecido por el pecado y la muerte, para resplandecer en medio de las tinieblas con su maravillosa luz, e iluminar nuestros corazones con el don del perdón de nuestros pecados, la fe, la adopción de hijo de Dios, y ser miembros de su pueblo santo. Y de este modo, con su gracia y su verdad, iluminar otros corazones para que no se pierdan, sino que tengan vida eterna. Amén.